

La educación y la tercera edad

The education and the third age

*Liliana Alicia Paz Ramos*¹

RESUMEN

El presente trabajo busca adentrarse en una nueva línea de investigación pedagógica relacionada con la importancia de crear espacios, formales y no formales, que respondan a las necesidades educativas de personas de la tercera edad. Para ello, no sólo es imperativo la creación de dichos espacios, sino, también, la formulación de métodos y estrategias didácticas acordes con las características biopsicosociales de este grupo etario.

La promoción de la educación del adulto mayor es una necesidad de primer orden en nuestros días que la sociedad, mediante sus instituciones representativas, debe tomar en cuenta.

Palabras clave: Educación, tercera edad, universidad, necesidades sociales y educacionales.

ABSTRACT

The present work thinks about how to penetrate into a new line of pedagogic investigation, related to the importance of creating formal spaces that they answer to the educational needs of the persons of the third age. For it, not only the creation of the above mentioned spaces is imperative, but, also the formulation of methods and didactic strategies according to the bio-psychosocial characteristics of this group.

We believe that the promotion of the education in the biggest adult is a need for the first order in our days, to which the society, by means of his representative institutions, must take in consideration..

Key words: Education, third age, university, social and educational needs.

¹ Magister en Educación con Mención en Psicopedagogía. Profesora Auxiliar de la Universidad Nacional de Trujillo y de la Universidad Privada Antenor Orrego. Licenciada en Educación Secundaria, en la especialidad de Lengua y Literatura.

INTRODUCCIÓN

La educación como actividad inherente al hombre, debe ser concebida como un continuo en el tiempo y como una posibilidad de realización personal nunca acabada. Así lo entiende Bohn (1991: 68) al señalar que, en la educación, “la persona aparece como obra de sí misma y que esta obra nunca termina de concretizarse sino que se prolonga a lo largo de toda la vida humana”.

Por su parte, Requejo (2003: 252) coincide con Bohn, al señalar que el proceso educativo no termina en la educación de las primeras etapas de la vida, ni se puede limitar a una formación continua para el periodo laboral, sino que la educación es un proceso permanente donde la persona debe tener la oportunidad de seguir formándose e interesándose por aquellas cuestiones que afecten a su vida individual y colectiva.

Por ende, ante la complejidad de la problemática del envejecimiento, si bien se reconoce ya la necesidad de una participación interdisciplinaria, la Pedagogía no ha dado una respuesta acabada desde su perspectiva particular. La Gerontología se propone resignificar el “ser viejo” y descubrir el “quehacer” o las “tareas de desarrollo” que ello implica. No pretende ahondar en una caracterización de la vejez como etapa de vida; pero sí revalorizarla en su propia realidad peculiar y significativa en sí misma, en razón de la vida personal como un todo. Y además busca los fundamentos antropológicos y teleológicos para una teoría educativa de la persona como sujeto educable durante toda la vida, por derecho inalienable, implícito en su misma esencia.

V. Frankl (Ruiz; 1988: 163) señala que un objetivo válido a ser planteado por la educación es “llevar al hombre hasta donde puede llegar de una manera autónoma, a sus tareas más auténticas y encontrar el sentido, ahora ya no anónimo sino más bien singular y único, de su vida, ya que no debe interesarnos solamente el que vivamos y sobrevivamos, sino para qué y cómo llevar adelante con sentido esta vida”.

Considero que la educación es un medio valioso para trazar las pautas que lleven a que la vejez sea asumida de manera distinta y dinámica. La Gerontología no sólo debe ser un cuerpo teórico y abstracto, sino que su praxis debe fomentar la creación de espacios o proyectos en los que el adulto mayor participe en actividades lúdicas, culturales y recreativas que favorez-

can su integración social y, por ende, su autoestima e identidad. En otras palabras, que la educación permita agregar vida a los años, en una época en la que sólo se considera longevidad el agregar años a la vida.

LA EDUCACIÓN Y LA AUTOESTIMA EN LOS ADULTOS MAYORES

Hoy en día se mantiene el prejuicio que las personas mayores no poseen la capacidad de aprender nada nuevo y no vale la pena destinar recursos para que las personas de avanzada edad puedan acceder a la educación y al aprendizaje, como si aprender solamente sirviera para ayudarnos en el transcurrir de la vida y, por lo tanto, solo útil en la niñez y juventud; como si no fuera también una forma de satisfacción personal, de autorrealización y de crecimiento.

La persona puede llegar a la tercera edad y ser testigo de su deterioro físico, a la vez que mantener incólume su crecimiento psíquico. La mejor doctrina sobre la personalidad y su desarrollo enseña, desde hace muchos años, que esta se halla siempre en proyecto y que nunca termina de crecer. Erik Erickson (Stassen: 2009), considera la ancianidad como la etapa de la integración versus la desesperación. La integridad es vista aquí como la disposición a defender la dignidad del propio estilo de vida contra la amenaza física y económica. Alcanzar la integridad consiste en haber logrado un especial estado de espíritu cuyo componente especial es la autoaceptación y la conservación de la identidad.

Muchos adultos mayores llegan a la edad de la jubilación y se sienten todavía en plenitud para la realización de sus trabajos. Frecuentemente nos encontramos con personas de edad avanzada que están plenamente en forma, totalmente vigentes, lúcidas, llenas de iniciativas y planes de trabajo. Muchos hombres y mujeres, científicos, literatos, escritores, investigadores, políticos, hombres de campo, mujeres amas de casa, etc., aunque ven disminuidas sus potencialidades físicas al llegar a la vejez, sienten, sin embargo, que su mente sigue lúcida y sus ganas de hacer buenas cosas permanecen inalteradas. A pesar de que ellos se ven así de bien, la sociedad les dice, por medio de la jubilación o de otras señales, que ya deben dejar el puesto a gente más joven y nueva, y que deben retirarse. En otras palabras, es como si se les dijera: “señor, señora, ya no necesitamos de usted”.

Al adulto mayor que puede conservarse “sano”, “autónomo”, e “independiente”, se le presenta una preocupación recurrente: “no ser tenido en cuenta”, no “ser necesitado”. Esta sensación de “no servir” se traduce, a medida que pasa el tiempo, en conductas contraproducentes.

De allí que la organización social y el protagonismo de la sociedad civil organizada son elementos fundamentales para la construcción de una sociedad para las personas de todas las edades. Si aspiramos a tener una vejez digna debemos actuar ya para desarrollar formas organizativas de lo social que garanticen un entramado capaz de aportar las redes sociales de apoyo requeridas por la creciente población mayor.

Carl Rogers (*Stassen: 2009*), eminente psicólogo humanista, expresa que lo más valioso de la personalidad es que el sujeto experimente una consideración positiva incondicional de sí mismo, lo que no plantearía discrepancias entre su valoración y su necesidad de consideración positiva.

Esto nos hace plantearnos la importancia que la educación posee en la tercera edad al permitir el bienestar del anciano como un ser biopsicosocial, contrarrestando posibles representaciones pesimistas de sí, por ende, logrando una autoestima positiva, el auto-desarrollo y la autovaloración adecuada de los adultos mayores.

Así pues, el problema no es la vejez en sí misma, los problemas son las condiciones en que se vive esta etapa de la vida, los recursos con que la sociedad y los individuos cuentan para satisfacer las demandas y necesidades de las personas mayores.

La enfermedad, los achaques tan “característicos” y temidos en esta edad pueden encontrar su mejor medicina en el desarrollo y conservación de la autoestima. Es necesario, por ende, estimular al adulto mayor en ella. Para esto, ya sea en el hogar o en las instituciones creadas para tal fin, el adulto mayor deberá ser tratado como una “persona importante”.

Como sabemos, la autoestima está conformada por las actitudes del individuo hacia sí mismo. Cuando las actitudes que este mantiene sobre sí son positivas, hablamos de buen nivel o alto nivel de autoestima. Al nombrar la palabra actitudes ya hemos incluido el mundo de los afectos y sentimientos y no sólo el de los conocimientos, pues los componentes de la actitud encierran gran variedad de elementos psíquicos. De ahí que para la educación y formación de las personas nos

interesa mucho formar en actitudes porque así aseguramos una formación integral y no fraccionaria. Por lo mismo que las actitudes se encuentran integradas por factores cognitivos, afectivo-emotivos y conductuales, es muy difícil cambiarlas, pues radican en lo más profundo de la personalidad. Por eso, también, un adecuado nivel de autoestima es garantía de que el sujeto podrá hacer frente con dignidad a importantes contrariedades de la vida y que su ánimo no decaerá fácilmente.

Si buscamos que el anciano desarrolle un proceso educativo para la vida, debe encontrar respuestas a una serie de preguntas vitales, como: ¿quién soy y cómo soy?, ¿cómo debo afrontar y resolver los problemas y frustraciones en mi relación con el mundo? y ¿qué sentido u orientación debo darle a la vida?

El planteamiento de dichas preguntas y las respuestas, si bien pueden ser encontradas empírica o instintivamente, necesitan de la interacción social que brinda la educación para fomentar que el adulto mayor internalice conceptos y pautas de conducta derivadas de las propias discusiones, experiencias y confrontación con otros ancianos. Esto es relevante para la conservación de la salud mental del anciano.

La educación en la tercera edad parte de la premisa de que los ancianos desean y pueden educarse para conservar su autosuficiencia, y que pueden adaptarse a los cambios de la sociedad. Que puede lograrse que el anciano se encuentre interesado en el futuro, que se sienta parte de la sociedad, con funciones y roles. Los centros de salud, centros educativos, familias, comunidades y, por qué no, la universidad y otros agentes educativos formales, son agentes importantes que, en interacción con el anciano, pueden trabajar en su estimulación y preparación en esta etapa

LA UNIVERSIDAD FRENTE A LA EDUCACIÓN EN LA TERCERA EDAD

Es curioso cómo en nuestro país nadie cuestiona la importancia de brindar servicios de salud y una pensión monetaria a los mal llamados “jubilados”. Todos coincidimos en la necesidad de proporcionarles los medios necesarios que les permitan llevar una vida digna al final de su vida laboral; sin embargo, en el contexto educativo, quedan totalmente olvidados, por lo que no existen entidades de educación superior dedicadas a la capacitación, formación o inserción del adulto mayor en la vida universitaria o técnica.

En algunos países de Europa, e incluso de América Latina, las así llamadas universidades de la tercera edad son ya una realidad. Son concebidas como instituciones de educación superior donde el adulto mayor encuentra espacio y tiempo para demostrar que cualquier edad es propicia para aprender, para crecer, para identificarse consigo mismo y descubrir sus potencialidades, sus valores y sus aptitudes por su condición de ser adulto capaz, consciente, reflexivo, maduro y cargado de experiencias, que sabe crear sus motivaciones, que conoce el rumbo de su vida y sabe hacia dónde debe orientarse para alcanzar sus metas, lograr sus objetivos y definir sus intereses.

Son instituciones pioneras, de carácter innovador, que están insertadas completamente dentro del sistema educativo formal de sus países. Estos centros de saber están empeñados en desarrollar enfoques educativos que respondan a las necesidades específicas de la población adulta.

Uno de estos centros del saber es la Universidad de la Tercera Edad, (UTE), también conocida como la Universidad de la Vida y la Esperanza de la República Dominicana, la cual se basa en una serie de postulados teóricos y metodológicos que fomentan la autorrealización del aprendizaje en función de los siguientes principios básicos:

- a. **La participación.** Se identifica con un carácter democrático en cuanto a que favorece la igualdad de oportunidades en un proceso de reflexión y toma de conciencia.
- b. **La horizontalidad.** Permite que Facilitador y Participante interactúen en condiciones de igualdad en un ambiente democrático donde, juntos, arriban al conocimiento de la realidad.
- c. **Libertad individual.** La igualdad de los agentes sujetos del proceso no anula los derechos individuales, sino que le permite al adulto construir, en función de sus necesidades e intereses, su propio espacio de acción y crecimiento dentro de su grupo de aprendizaje.
- d. **Experiencias.** Las vivencias acumuladas en el transcurrir de su vida van acumulando conocimientos, habilidades y destrezas que contribuyen a enriquecerlos y a dinamizar el proceso de orientación-aprendizaje de todos los miembros del grupo que aprende.

En esta universidad comprenden que así como la educación de la niñez requiere de una teoría de la enseñanza para ayudar a organizar, administrar y realizar los aprendizajes, la educación de los adultos mayores necesita de una teoría del aprendizaje que facilite la adquisición progresiva de conocimientos que fuercen sus motivaciones interiores hacia el logro de sus objetivos educativos. Se trata sencillamente de adecuar las situaciones de aprendizaje a la naturaleza biopsicológica del adulto mayor para alcanzar un rendimiento óptimo.

Pérez Serrano (Mondragón: 2005) opina que para trabajar con este colectivo se precisan profesionales bien formados en contenidos apropiados, así como con dominio de las nuevas tecnologías, por lo que se hace imperativo que las universidades preparen y especialicen profesionales para la atención de los mayores. También expone que la edad de este colectivo no es sinónimo de enfermedad; por lo tanto, las actividades de formación no se deben limitar al campo sanitario, sino incluir actuaciones formativas a nivel político, económico, familiar, educativo y cultural. Por último, explica cuáles son los principios fundamentales para trabajar con personas mayores en el campo educativo. Es así que destaca tres principios: el principio de actividad, el principio de independencia y el principio de participación.

- **Principio de actividad:** incide no en lo que la persona es, sino en lo que puede ser. Este planteamiento parte de la realidad de las dificultades del mayor y da un paso adelante hacia una labor de desarrollo. Se apoya en que toda actividad encierra vida, mientras que la pasividad conduce a la muerte.
- **Principio de independencia:** uno de los fines más importantes a los que debe llegar la educación de mayores es el de prepararles para que puedan mantener la máxima independencia posible.
- **Principio de participación:** la persona es un ser social por definición y necesita vivir en una sociedad, por lo que los propósitos educativos no deben basarse en qué puede hacer la sociedad por las personas mayores, sino qué pueden hacer estas personas por la sociedad y por sí mismas a través de la participación activa.

UNA NECESIDAD EDUCATIVA DEL ADULTO MAYOR: LA ALFABETIZACIÓN TECNOLÓGICA

Al hablar de la importancia de la educación en esta etapa del desarrollo humano, no he podido pasar por alto la brecha digital que separa a los adultos mayores del resto de la población, abismo que se va ensanchando con la creciente sofisticación e innovación tecnológica.

No sorprende observar a ancianos sumamente cultos y letrados, pero a los que podemos denominar como analfabetos tecnológicos. Y si hablamos de personas de menor preparación cultural, pues esta problemática se agrava. La mayoría de las personas de la tercera edad, sin importar su condición social, cultural o económica, se sienten desconfiadas, temerosas y reacias a utilizar algo que no conocen y practican, generándoles a la larga una serie de problema y sinsabores en una actividad que a la mayoría nos parece tan básica y elemental.

El hablarles de dar un clic, de “bloggear” o de simplemente “chatear” utilizando una “webcam” se convierte en un lenguaje críptico, en una dimensión desconocida, inalcanzable y esotérica. Y si a esto le sumamos la velocidad con que surgen nuevas tecnologías, costumbres, lenguajes y modas en la red, la fórmula del aislamiento digital está servida.

Podríamos afirmar que la tercera edad está cada vez más alejada de las nuevas tecnologías. Que una persona mayor de 60 años tenga un ordenador “propio” en casa y que lo utilice sin asesoría constante de los hijos o nietos es algo minoritario, sin mencionar que resulta mucho más sorprendente que un adulto mayor se conecte a Internet.

¿Es esta situación algo que deba preocuparnos? Sin ninguna duda. Ignorando este problema se desaprovecharían las posibilidades que la tecnología puede otorgar a un colectivo formado por un gran número de personas con problemas de salud y movilidad que, desgraciadamente, en ocasiones son además víctimas de la soledad.

Desde mi punto de vista, existen una multitud de barreras que impiden el acercamiento de las personas de la tercera edad al mundo del ciberespacio. La primera, y quizás la más grandes, es la barrera mental que hace que muchos ancianos asocien directamente el concepto de “tecnología” con el de “complejidad”. Y

no es de extrañar, si pensamos que ésta se incorporó en su cotidianeidad en la edad adulta. A ello se le añade que algunos jamás usaron un ordenador en su trabajo; muchos tienen un bajo nivel general de alfabetización con qué enfrentarse a este tipo de novedades y pocos conocen el inglés, la lengua tecnológica por excelencia.

Para vencer esta barrera mental, el incentivo de poder comunicarse con hijos y nietos que se encuentran lejos no debe ser desaprovechado. Su ansia de comunicación e interacción con los ausentes pueden animarlos a afrontar el reto de aprender una tecnología que no existía en sus etapas de mayor productividad física y mental. Es por eso importante crear los espacios educativos idóneos para la instrucción de estas personas; si bien una educación formal puede ser más práctica, la educación no formal proveniente del entorno íntimo del anciano puede, en mi opinión, ser más efectiva.

Además de la barrera mental, podemos nombrar la existencia de una barrera física. No obstante, la información y los esfuerzos de la familia, grupos educativos y de algunas iniciativas privadas por impulsar la alfabetización informática no sirven de nada si no van acompañados por un esfuerzo real por parte de la industria de adaptar la tecnología a la tercera edad. Uno de los principales miedos de los mayores es tocar algo de la computadora y que se rompa, o su incapacidad de manejar el mouse, cuya flecha indicadora va para cualquier lado. Por tanto, ofrecerles interfaces y dispositivos fáciles de usar y acordes con sus condiciones físicas es clave para que, una vez dado el paso de acercarse a la tecnología, dicho acercamiento tenga éxito.

Y por último, pero no menos importante, podemos señalar la existencia de una barrera educacional que incrementa esta problemática. Las personas con menor formación cultural hacen menor uso de la tecnología. Es común ver cursos de computación para niños, ¿pero cuando hemos visto clases de computación para adultos mayores? Otra vez, se hace presente el prejuicio que el anciano no necesita aprender nada nuevo, desaprovechando la riqueza de información que este colectivo puede encontrar en la red. Existe una buena cantidad de webs pensadas y dedicadas a los adultos mayores. Entre sus contenidos podemos encontrar no solamente noticias y salud sino también muchas secciones de ocio con relación a viajes, libros, concursos, premios, cursos de Internet, revistas, ideas, debates... sin mencionar foros y chats para conocerse y

relacionarse entre ellos, para hablar sobre temas que les puedan resultar interesantes. Por lo que el adulto mayor puede ver en el internet un nuevo mundo de oportunidades a su alcance que debe aprovechar.

CONCLUSIONES

Sobre el tema la Educación y la Tercera Edad podemos llegar a las siguientes conclusiones:

- La educación del anciano es una necesidad social y debe ir dirigida al desempeño de nuevos papeles y a la búsqueda de un nuevo espacio en la sociedad.
- Las universidades del adulto mayor deben tener un papel fundamental en el proceso de educación del adulto mayor y en la actitud de éste hacia la vejez. A partir de oportunidades educativas y de autodesarrollo crear una cultura del envejecimiento. Es por eso que en nuestro país se debe proyectar la creación de instituciones de este tipo que permitan la inserción del adulto mayor al campo educativo.
- La educación en el adulto mayor debe ser una educación para aprender a vivir. Este es el tema más importante; el desarrollo de las potencialidades humanas es la tarea principal.

- Para mejorar los aprendizajes y los procesos educativos o reeducativos en las personas mayores se requiere de una metodología y una didáctica que considere la realidad específica del aprendizaje en la vejez.
- Es importante mejorar la calidad de vida del adulto mayor, por ende, su alfabetización tecnológica debe ser una oportunidad de aprendizaje que les permita un envejecimiento activo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bohn, Winfried. (1991). *Teoría y praxis*. México: CREFAL/PREDE-OEA, 1991,140 p.
- Mondragón Varela, Gerardo. (2005). *Experiencia Educativa de envejecimiento activo*. Colombia: Municipio de Santiago de Cali.
- Requejo Osorio, Agustín. (2003). *Educación permanente y educación de adultos*. Barcelona. Ariel Educación.
- Ruiz Migliora, María C. (1988). *El envejecimiento poblacional argentino. Procesos etnodemográfico y consecuencias socioeconómicas. 1970-1980*. Revista Argentina de Geriátrica y Gerontología.
- Stassen, Kathleen Berger. (2009). *Psicología del desarrollo: Adulterez y Vejez*. Madrid: Médica Panamericana.
- Universidad de la Tercera Edad, (UTE). *Portal Institucional*. República Dominicana: EN: <http://www.ute.edu.do/index.asp> [01 de mayo de 2011].